

pués de haberle costado tantas lágrimas en Cayena. Cuando llegó a los Mercados caía la noche, y los olores eran sofocantes. Bajó la cabeza, al penetrar de nuevo en su pesadilla de alimentos gigantescos, con el recuerdo dulce y triste de aquella jornada de salud limpia, perfumadísima de tomillo.

VI

Al día siguiente, a cosa de las cuatro, se dirigió Lisa a San Eustaquio. Para atravesar la plaza se había puesto un traje serio, todo de seda negro, con su chal de alfombra. La bella Normanda, que, desde la pescadería, la siguió con los ojos hasta la puerta de la iglesia, se quedó sofocada.

—¡Ah, bueno va!—dijo perversamente.—A la gorda le da ahora por los curas... Es fácil que la calme el mojarse el trasero con agua bendita.

Se equivocaba. Lisa no era devota. No practicaba, y solía decir que procuraba ser honrada por todos estilos, y que esto le bastaba. Pero no le gustaba que delante de ella se hablase mal de la religión; con frecuencia hacía callar a Gavard, que se moría por las historias de curas y de religiosas, por las picardihuelas de sacristía. Esto parecía a Lisa inconveniente en grado sumo. Era menester dejar a cada cual sus creencias, respetar los escrúpulos de todo el mundo. Por otra parte, había que confesar que generalmente los curas eran buenas personas. Ella conocía al padre Roustan, de San Eustaquio, hombre distinguido, de excelente juicio, y cuya amistad le pa-

recía muy segura. Y acababa por explicar la necesidad absoluta de la religión para la mayoría del vulgo; la consideraba como una policía que ayudaba a mantener el orden, y sin la cual no había gobierno posible. Cuando Gavard llevaba las cosas demasiado al extremo sobre semejante capitulo, y decía que debían echar a los curas a la calle, cerrándoles las tiendas, Lisa se encogía de hombros y le contestaba:

—¡Valiente cosa adelantarían ustedes! Al cabo de un mes, se asesinarían en las calles, y se vería la necesidad de inventar otro Dios. Así ocurrió en el 93... Ya sabe usted ¿verdad?, que yo no vivo con los curas; pero digo que es preciso que los haya, porque es preciso.

De la misma manera, cuando Lisa iba a una iglesia, daba muestras de recogimiento. Había comprado un precioso devocionario, que no abría nunca, para asistir a los entierros y a los matrimonios. Levantábase, se arrodillaba cuando llegaba el caso, esforzándose en guardar la compostura que convenía adoptar. Era, para ella, una especie de ceremonia oficial la que las personas honradas, los comerciantes y los propietarios, debían ostentar ante la religión.

Aquel día, la hermosa salchichera, al entrar en San Eustaquio, dejó caer suavemente la doble puerta de paño verde desteñido, desgastado por la mano de las devotas. Se mojó los dedos en la pila del agua bendita y se persignó correctamente. Después, con apagados pasos, llegó hasta la capilla de Santa Inés, en la que esperaban dos mujeres arrodilladas, con el rostro entre las manos, en tanto que la falda azul de una tercera se desbordaba de un confesonario. Lisa pareció contrariada; y, dirigiéndose a un sacristán que pasaba, con su negro solideo y arrastrando los pies, le preguntó:

—¿Es hoy el día en que confiesa el padre Roustan?

Respondió el sacristán que el señor cura no tenía ya más penitentes, que no tardaría mucho, y que si quería sentarse, en seguida le llegaría el turno. Lisa le dió las gracias, sin decirle que no iba para confesarse. Se decidió a esperar, andando a cortos pasos sobre las losas, llegando hasta la gran puerta, desde la que contempló la nave completamente desnuda, alta y severa con pintados frisos. Lisa alzaba un poco la barba, pareciéndole demasiado sencillo el altar mayor, no comprendiendo aquella grandeza fría de la piedra y prefiriendo los dorados adornos de las capillas laterales. Por el lado de la calle del Día, aquellas capillas permanecían grises, iluminadas por polvorientas ventanas; en tanto que, por el lado de los Mercados, la puesta del sol alumbraba los vidrios de los ventanales, alegrados por tintas muy tiernas, verdes y amarillas sobre todo, y tan limpias que le recordaron las botellas de licor delante del espejo del señor Lebigre. Volvió a subir por aquella parte, que parecía como entibiada por aquella luz de brasa; contempló un instante los ventanales, los ornamentos de los altares, los cuadros vistos con reflejos de prisma. La iglesia estaba vacía, temblorosa toda con el silencio de sus bóvedas. Algunas faldas de mujeres formaban manchas sombrías en el borroso color amarillento de las sillas; y de los confesonarios cerrados se veía salir un cuchicheo. Al pasar de nuevo por delante de la capilla de Santa Inés, vió que la falda azul estaba todavía a los pies del padre Roustan.

—Yo hubiera terminado en diez segundos, de haber querido—pensó Lisa con todo el orgullo de su honestidad.

Llegó hasta el fondo. Detrás del altar mayor,

en la sombra de la doble hilera de pilares, la capilla de la Virgen se ostenta húmeda de silencio y de obscuridad. Los ventanales, muy sombríos, no destacan más que ropajes de santos, de grandes hopalandas rojas y violadas, ardiendo como llamas de amor místico en el recogimiento, en la adoración muda de las tinieblas. Es un rincón de misterio, un hueco crepuscular del paraíso, en el que brillan las estrellas de dos cirios, y en el que cuatro arañas de brazos de metal, cayendo de la bóveda, y apenas visibles, hacen pensar en los grandes incensarios de oro que balancean los ángeles al acostarse María. Entre los pilares hay siempre mujeres, extasiadas en sus sillas, absortas en aquella voluptuosidad negra.

Lisa, en pie, miraba con toda tranquilidad. No era nerviosa. Parecía que hacían muy mal en no encender las arañas, pues con luces aquello estaría más alegre. En aquella sombra había hasta una indecencia, un soplo de alcoba que le parecía poco conveniente. Al lado de ella ardían unos cirios en un velero, calentándole el rostro, en tanto que una mujer vieja rascaba con un cuchillo la cera caída, solidificada en pálidas lágrimas. Y, en el estremecimiento religioso de la capilla, en aquel espasmo mudo de amor, Lisa oía muy bien el rodar de los fiacres que desembocaban por la calle de Montmartre, por detrás de los santos rojos y violetas de los ventanales. A lo lejos, retumbaban los Mercados con voz incesante.

Cuando iba a abandonar la capilla, vio entrar a la menor de las Méhudin, a Clara, la vendedora de pescados de agua dulce. Clara hizo encender un cirio en el velero. Después fué a arrodillarse detrás de un pilar, con las rodillas aplastadas contra la piedra, y tan pálida entre sus rubios cabellos mal prendidos, que parecía una

muerta. Allí, creyéndose escondida, se angustió, lloró ardientes lágrimas, con ardores de rezos que la doblegaban como ante un fuerte viento, con arrebatos de mujer que se entrega. La bella salchichera se quedó muy sorprendida, porque las Méhudin no eran gran cosa devotas. Clara, sobre todo, hablaba ordinariamente de la religión y de los curas de una manera que hacía poner los pelos de punta.

—¿Qué le da ahora?—se dijo Lisa al volver de nuevo a la capilla de Santa Inés.—Habrán envenenado a algún hombre la muy desarrapada.

Por fin salía el padre Roustan de su confesionario. Era un hombre guapo, de unos cuarenta años, de aspecto sonriente y bondadoso. Cuando conoció a madame Quénu, le estrechó las manos, la llamó "querida dama", la llevó a la sacristía, en donde se quitó la sobrepelliz, diciéndole que en seguida sería con ella. Salieron de la sacristía, él en sotana, con la cabeza descubierta, y ella arropándose con su chal de alfombra, y se pasearon a lo largo de las capillas laterales, por la parte de la calle del Día. Hablaban en voz baja. El sol se moría en las vidrieras de colores; la iglesia se ponía negra, y los pasos de las últimas devotas dejaban oír sobre las losas un roce suave.

Entretanto, Lisa explicó sus escrúpulos al padre Roustan; entre ellos no se trataba nunca de religión. Lisa no se confesaba, y se limitaba a consultarle en los casos difíciles, a título de hombre discreto y prudente, a quien prefería—según decía algunas veces— a esos hombres de negocios, desmañados y que huelen a cárcel. El padre Roustan se mostraba lleno de una complacencia inagotable; por ella hojeaba el código, le indicaba los mejores medios de colocar el dinero, resolvía con tacto las dificultades morales, le re-

comendaba abastecedores, tenía una respuesta pronta para todas las preguntas, por diversas y complicadas que fuesen; y hacía todo esto con naturalidad, sin entremezclar a Dios en el asunto, sin procurar obtener ningún beneficio ni en provecho suyo ni en provecho de la religión. Bastábanle las gracias y una sonrisa. Parecía holgarse mucho de hacer un favor a aquella hermosa madame Quénu, de la que su ama de llaves le hablaba a menudo con respeto, como de una persona muy estimada en el barrio.

Aquel día la consulta de Lisa fué singularmente delicada. Se trataba de saber qué conducta la autorizaba a seguir la honradez con respecto a su hermano político; si tenía el derecho de vigilarle, de impedir que les comprometiera, a su marido, a su hija y a ella misma; y también hasta dónde podría llegar, en caso de un peligro que urgiese. Lisa no preguntó estas cosas brutalmente, sino que presentó el asunto con distingos y miramientos muy escogidos, tanto que el padre pudo disertar sobre la materia sin necesidad de entrar en personalismos. Finalmente, juzgó que un alma justa tenía el derecho, y aun el deber de impedir el mal, aunque fuera preciso emplear todos los medios necesarios para el triunfo del bien.

—Esta es la opinión mía, querida señora— dijo al terminar.—La discusión de los medios es grave siempre. Los medios son el gran lazo en que quedan presas las virtudes ordinarias... Pero yo conozco la hermosa conciencia de usted. Pese usted uno por uno todos sus actos, y si no siente usted en su interior ninguna protesta, avance usted valientemente... Las naturalezas honradas tienen la gracia maravillosa de dejar algo de su honradez en todo lo que tocan.

Después, cambiando de acento, prosiguió:

—Haga usted el favor de saludar en mi nombre al señor Quénu... Cuando pase por allí, entrará a dar un beso a mi buena Paulina... Hasta la vista, querida señora, y sabe usted que siempre estoy a su disposición.

Entró de nuevo en la sacristía. La bella Lisa, al marcharse, sintió la curiosidad de ver si Clara Méhudin seguía rezando todavía; pero Clara había vuelto a sus carpas y a sus anguilas. En la capilla de la Virgen, de la que se había enseñoreado la noche, no se veía más que una desbandada de sillas derribadas, puestas asiento con asiento, exhalando aún el devoto calor de las mujeres que en ellas habían estado sentadas.

Cuando la hermosa salchichera atravesó de nuevo la plaza, la hermosa Normanda, que estaba espionando su salida, la conoció en el ocaseo por la redondez de sus faldas.

—¡Bueno, bueno!— exclamó la Normanda.— Ha estado más de una hora. Cuando los curas la vacían de sus pecados, a la muy... los niños de coro forman cola para tirar a la calle los cubos de basura.

Al día siguiente, por la mañana, Lisa subió en derecha a la alcoba de Florencio. Se instaló en ella con toda tranquilidad, segura de no ser molestada, y por otra parte, decidida a mentir, a decir que iba a cerciorarse de la limpieza de la ropa blanca, caso de que Florencio subiese.

Habiale visto, allá abajo, muy atareado en medio del pescado que llegaba. Sentándose delante de la pequeña mesa, quitóle el cajón, se lo colocó sobre las rodillas y lo vació con grandes precauciones, cuidando de poner todos los paquetes en el mismo orden en que estaban. Empezó por encontrar los primeros capítulos de la obra sobre Cayena, y después vió los proyectos, los planes de todas clases, la transformación de los consu-

mos en impuestos sobre las transacciones, la reforma del sistema administrativo de los Mercados y otros varios. Aquellas páginas de menuda letra, que leía cuidadosamente, la aburrían sobremanera; iba a colocar el cajón en su sitio, convencida de que Florencio ocultaba en otra parte las pruebas de sus malos designios y pensando ya en revolver la lana de los colchones, cuando descubrió, dentro de un sobre de carta, el retrato de la Normanda. La fotografía era algo obscura. La Normanda estaba de pie, con el brazo derecho apoyado en una columna truncada; y llevaba encima todas sus joyas, un traje de seda nuevo que se ahuecaba, y su risa era insolente. Lisa olvidó a su cuñado, sus terrores, lo que había ido a hacer allí. Quedóse absorta en una de esas contemplaciones de mujer que examina a otra con toda comodidad y sin temor de ser vista. Nunca se le había presentado ocasión de estudiar a su rival tan de cerca. Examinó sus cabellos, la nariz, la boca, separó de sí la fotografía, la aproximó. Después, con los labios fruncidos, leyó al dorso del retrato, escrito con letra gorda y fea: "Luisa a su amigo Florencio". Esto la escandalizó. Era una confesión. Entróle el deseo de tomar aquella tarjeta y de conservarla como un arma contra su enemiga. Pero con lentitud la volvió a colocar dentro del sobre, pensando que el cogerla estaría mal hecho, y que, por otra parte, podría volver a tenerla en cuanto quisiese.

Entonces, hojeando de nuevo las sueltas cuartillas de Florencio, arreglándolas una por una, se le ocurrió la idea de mirar el fondo del cajón, el sitio en que su cuñado había arrinconado el hilo y las agujas de Agustina; y allí, entre el devocionario de la criada y la "Clave de los Sueños", descubrió Lisa lo que buscaba, notas muy

comprometedoras, protegidas simplemente por una cubierta de papel gris. La idea de una insurrección, del destronamiento del emperador con ayuda de un golpe de fuerza, iniciada un día por Logre en casa del señor Lebigre, había madurado lentamente en el ardiente espíritu de Florencio. Muy pronto llegó a ver en ella un deber, una misión que cumplir. Ella fué, por fin, el hallado objeto de su evasión de Cayena y de su regreso a París. Creyendo que tenía que vengar a su delgadez de aquella ciudad engordada, en tanto que los defensores del derecho se morían de hambre en el destierro, Florencio se erigió en justiciero y soñó con alzarse, en los mismos Mercados, para aplastar aquel reinado de comestibles y de borracheras. En aquel temperamento tierno, las ideas fijas clavaban fácilmente sus clavos. Todo adquiría proporciones formidables, construíanse las más extrañas historias, y Florencio se imaginaba que los Mercados se habían apoderado de él, a su llegada a París, para sumirle en la molicie, para envenenarle con sus emanaciones. Después, era Lisa la que quería embrutecerle; huía de ella durante dos o tres días, como de un disolvente que hubiera fundido su voluntad en el momento de acercarse a él. Estos arrebatos de terrores pueriles, estas crisis de hombre rebelado, terminaban siempre en grandes dulzuras, en necesidades de amar, que ocultaba con una vergüenza de niño. Sobre todo por las noches, el cerebro de Florencio se impregnaba de humaredas malsanas. Sintióse desgraciado, distendidos los nervios, rechazando el sueño por un sordo temor a la nada, se retrasaba más en casa del señor Lebigre o en casa de los Méhudin; y cuando se retiraba a su casa, no se acostaba tampoco en seguida escribía, preparaba la famosa insurrec-

ción. Lentamente combinó todo un plan de organización. Dividió a París en veinte secciones, una por distrito, y cada una con un jefe, especie de general, que tenía a sus órdenes a veinte lugartenientes que mandaban sendas compañías de afiliados. Todas las semanas habría un consejo celebrado por los jefes, cada vez en un local diferente; además, para mayor discreción, los afiliados no conocerían más que al lugarteniente, quien, a su vez, trataría únicamente con el jefe de su sección; sería también útil que las compañías se creyesen encargadas de misiones imaginarias, lo cual acabaría de despistar a la policía. En cuanto al modo de hacer entrar en acción a las fuerzas, era de los más sencillos. Se esperaba la formación completa de los cuadros; después se aprovecharía la primera emoción política. Como sin duda no se poseerían más que algunas escopetas de caza, se empezaría por apoderarse de los puestos de retén, se desarmaría a los bomberos, a la guardia de París, a los soldados de línea, sin empeñar combate mientras no fueran necesario, e invitando a todos a hacer causa común con el pueblo. En seguida, se dirigirían en derecha al Cuerpo legislativo para ir desde allí al Ayuntamiento. Este plan, al que Florencio volvía cada noche, como a un escenario de drama que mitigara su sobreexcitación nerviosa, no estaba escrito todavía más que en pedazos de papel, tachadísimos, que mostraban las vacilaciones del autor y permitían seguir las fases de aquella concepción a la vez infantil y científica.

Cuando Lisa hubo recorrido con la vista las notas, sin comprenderlas todas, se quedó temblando, sin atreverse a tocar más aquellos papeles, por temor a verlos estallar en sus manos como armas cargadas.

La última nota la espantó más todavía que las otras. Era media hoja en la cual había dibujado Florencio la forma de las insignias que distinguirían a los jefes de lugartenientes; a su lado estaban también las banderolas de las compañías. Hasta había unas palabras con lápiz que decían el color de las banderolas de los veinte distritos. Las insignias de los jefes eran bandas rojas; las de los lugartenientes, unos brazaletes rojos también. Esto fué para Lisa la realización inmediata del motín; vió a los hombres, con todos aquellos cintajos rojos, pasando por delante de su salchichería, lanzando balas contra los espejos y contra los mármoles, robando las salchichas y los chorizos del escaparate. Los infames proyectos de su cuñado eran un atentado contra ella misma, contra su felicidad. Cerró el cajón, contemplando la alcoba y diciéndose que era ella la que alojaba a aquel hombre, y que éste dormía entre sábanas de ella y que usaba sus muebles. Y singularmente se sentía exasperada por el pensamiento de que Florencio escondía toda aquella máquina infernal en aquella mesita de madera blanca, que en otro tiempo le había servido a ella, en casa del tío Gradelle, antes de su boda; una mesa inocente, toda desvencijada.

Lisa permaneció en pie, pensando en lo que había de hacer. En primer lugar, era inútil enterar a Quénu. Se le ocurrió la idea de tener una explicación con Florencio, pero temió que éste se fuera a cometer el crimen más lejos, sin dejar por ello de comprometer a su familia, por perversidad. Se calmó un poco, y prefirió vigilarle. Al primer peligro, ya vería lo que hacía. En una palabra, ya tenía con qué hacerle volver a la deportación.

Cuando volvió a entrar en la tienda, halló a

Agustina emocionadísima. La niña Paulina había desaparecido, hacía más de media hora. A las inquietas preguntas de Lisa, no pudo responder más que:

—No sé, señora... Estaba ahí, en la acera, con un chiquillo... Yo los miraba... Después he tenido que empezar un jamón para un señor, y no les he vuelto a ver.

—¡Apuesto a que es Muche!—exclamó la salchichera.—¡Ah, maldito chiquillo!

Era Muche, en efecto. Paulina, que precisamente aquel día estrenaba un vestido nuevo de rayas azules, había querido lucirlo. Se mantenía erguida delante de la tienda, muy buena muchacha, con los labios fruncidos con esa mueca grave de mujercita de seis años que teme mancharse. Sus faldas, muy cortas, muy almidonadas, se ahuecaban como faldellín de bailarina, enseñando las medias blancas bien subidas, los lustrosos zapatos de azul celeste; en tanto que su gran delantal, que le hacía escote, llevaba en los hombros un estrecho volante bordado, del cual salían, rosados y desnudos, sus bracitos, adorables de niñez. En las orejas llevaba aretes de turquesa, una crucecita al cuello, un lazo de terciopelo azul en el pelo, muy bien peinado, con el aspecto gordó y tierno de su madre, con la gracia parisiense de una muñeca nueva.

Muche, desde los Mercados, la había visto. Estaba echando en el canalillo unos pececillos muertos que el agua se llevaba y que el chico seguía a lo largo de la acera, diciendo que nadaban. Pero el ver a Paulina, tan bonita, tan limpia, le hizo atravesar el arroyo, sin gorrilla, con la blusa destrozada, caído el pantalón y enseñando la camisa, con todo el destrozo de un galopín de siete años. Su madre le había prohibido que jugara con "aquel animalote de muchacha

a quien sus padres atiborraban hasta hacerla reventar". Muche dió vueltas un instante, se acercó, quiso tocar el lindo vestido de rayas azules. Paulina, halagada al principio, hizo un mohín de mogigata y retrocedió murmurando con enojado acento:

—Déjame... Mamá no quiere.

Esto hizo reír a Muche, que era muy despierto y emprendedor.

—¡Ah! bueno—dijo.—¡Valiente tonta eres! No importa que tú mamá no quiera. ¿Vamos a jugar a darnos empujones, eh?

Debía de alimentar la mala idea de manchar a Paulina. Esta, al verle dispuesto a darle un empellón en la espalda, retrocedió más y se dispuso a entrar en la tienda. Entonces Muche se mostró muy dulce, y se subió los pantalones como un hombre de mundo.

—¡Tonta, si es de broma!... Estás muy bien así. ¿Es de tu mamá esa cruz?

Paulina se pavoneó, diciendo que era suya. El chico la llevaba suavemente hacia la calle Pirouete; le tocaba las faldas, admirándose, hallándolas demasiado tiesas, lo cual causaba infinito placer a la pequeñuela. Desde que se había puesto a lucir el garbo en la acera, estaba vejada al ver que nadie la miraba. Pero, a pesar de los cumplidos de Muche, no quiso bajar de la acera.

—¡Qué estúpida!—exclamó el chico, volviendo a su grosería.—Te voy a sentar en el cesto de los desperdicios; ¿lo oyes, señora Lindasnalgas?

Paulina se incomodó. Muche la había cogido de la mano; y comprendiendo su falta, se mostró de nuevo zalamero, y hurgó en su bolsillo.

—Tengo un sueldo—dijo.

La vista del sueldo calmó a Paulina. Muche

mostraba la moneda cogida con dos dedos, delante de ella, de tal manera que la niña bajó al arroyo, sin dársele un ardite, para seguir el sueldo. Decididamente, Muche estaba de suerte.

—¿Qué te gusta más?—le dijo?

Paulina no respondió en seguida; no lo sabía; le gustaban muchas cosas. El nombró una colección de golosinas; regaliz, melaza, pastillas de goma, azúcar en polvo. El azúcar en polvo hizo reflexionar mucho a la pequeña; se mete un dedo en él y se chupa; es muy bueno. Paulina permanecía pensativa. Por fin, decidiéndose:

—No, me gustan más los cucuruchos.

Entonces Muche la cogió del brazo y se la llevó sin que ella se resistiese. Atravesaron la calle de Rambuteau, recorrieron la ancha acera de los Mercados, y fueron hasta casa de un droguero de la calle de la Cossonniere, que tenía la especialidad de los cucuruchos. Estos son unos pequeños cucuruchos de papel, en los que los drogueros meten todos los restos de sus escapates, confites rotos, castañas en dulce hechas pedazos, los sospechosos fondos de los potes de bombones. Muche hizo las cosas con toda galantería; dejó que el cucurucho fuera escogido por Paulina; un cucurucho de papel azul, que dejó en manos de la niña, entregando el sueldo. Ya en la acera, Paulina vació las migajas de todas clases en los bolsillos de su delantal; y estos bolsillos eran tan estrechos, que los dos quedaron llenos. Mascaba despacito, migaja a migaja, entusiasmada, mojándose el dedo en la boca para recoger el polvo demasiado fino; de manera que esto derretía los bombones, y dos manchas oscuras señalaban ya los dos bolsillos del delantal. Muche se reía solapadamente. La tenía cogida por la cintura, le arrugaba el traje a su gusto, y le hacía doblar la esquina de la ca-

lle de Pedro Lescot, por la parte de la plaza de los Inocentes, diciéndole:

—¿Eh? ¿Quieres jugar ahora?... Es muy bueno lo que llevas en los bolsillos. ¿Ves ahora como no quería hacerte ningún daño, tontísima?

Y él también metía los dedos hasta el fondo de los bolsillos del delantal. Entraron en el jardín público. Allí era sin duda donde el arrapiezo de Muche pensaba llevar a su conquista. Le hizo los des enteras. Jamás había ido tan lejos Paulina; de no haber llevado azúcar en los bolsillos, habría sollozado como una señorita raptada. La fuente, en medio del arriate de flores, fluía con los desgarrones de sus lienzos; y las ninfas de Juan Goujeon, blanquísimas en medio del color gris de la piedra, inclinaban sus urnas, poniendo su desnuda gracia en medio del aire negro del barrio de San Dionisio. Los niños diéronle vuelta, viendo caer el agua de los seis pilones, entusiasmados con la hierba, pensando ciertamente en atravesar el arriate central, o bien, en penetrar en los macizos de acebos y rododendros, en el arriate que ribeteaba la reja del jardín. Entretanto, Muche, que había conseguido arrugar el lindo vestido de la niña por la parte de atrás, dijo, riéndose interiormente:

—Vamos a jugar a tirarnos arena, ¿quieres?

Paulina estaba ya seducida. Se tiraron arena, cerrando los ojos. La arena entraba por el escotado corpiño de la niña y se deslizaba hacia abajo, hasta las medias y los botitos. Muche se divertía muchísimo al ver que el blanco delantal se tornaba amarillo de arriba abajo. Pero sin duda le debió de parecer que aun estaba demasiado limpio.

—¿Eh? ¿Y si plantásemos árboles?—le pre-

guntó.—Yo sí que sé hacer jardines bonitos.

—¿Jardines, de veras?—dijo a media voz Paulina, llena de admiración.

Entonces, como no estaba allí el guardián del jardín, Muche hizo que Paulina abriese hoyos en un arriate. La niña estaba de rodillas, en medio de la tierra blanda, tumbándose boca abajo, hundiendo hasta los codos sus adorados bracitos desnudos. Muche buscaba pedazos de madera, rompía ramas. Eran los árboles del jardín, que plantaba en los hoyos de Paulina. Sólo que no le parecía nunca los hoyos lo bastante profundos, y la trataba como a un mal obrero, con las rudezas de patrono. Cuando se levantó la niña, estaba negra de pies a cabeza; tenía tierra hasta en el cabello; y estaba tan embadurnada, tan graciosa con sus brazos de carbonero, que Muche batió palmas, exclamando:

—Ahora vamos a regarlos, ¿sabes? Porque si no no crecerían.

Aquello fué el colmo. Salían del jardín, cogían agua en el arroyuelo con el hueco de las manos, y volvían corriendo a regar los pedazos de madera. Por el camino, Paulina, que estaba demasiado gorda y que no sabía correr, dejaba escapar por entre los dedos toda el agua, la que caía a lo largo de las faldas, hasta el punto de que, al sexto viaje, parecía haberse revolcado en el arroyuelo. Muche la halló divinamente una vez que estuvo sucia hasta más no poder. La hizo sentarse con él bajo un rododendro, al lado del jardín que habían plantado. Le contaba que aquello estaba ya creciendo. Le había cogido una mano, llamándola su mujercita.

—¿No te arrepientes de haber venido, verdad?... En vez de estar sobre la acera, en donde parece que te aburres de lo lindo... Ya verás; yo sé una infinidad de juegos en las calles. Será

menester que volvamos, ¿oyes? Pero no le digas una palabra a tu mamá. No hay que hacer el tonto... Si dices algo, sabes, te tiraré de los pelos cuando pase por delante de tu casa.

Paulina respondía a todo que sí. Muche, como última galantería, le llenaba de tierra los dos bolsillos del delantal. La abrazaba muy fuerte tratando ya de hacerle daño, por una de esas crueldades de pilluelo. Pero Paulina no tenía ya azúcar; no jugaba y empezaba a estar inquieta. Como Muche se pusiera a pellizcarla, la mocosa se echó a llorar, diciendo que quería irse. Esto alegró en gran manera a Muche, que se mostró todo un caballero; la amenazó con no volverla a llevar a casa de sus padres. La pequeñuela, aterrorizada, exhalaba ahogados suspiros, como una moza a merced de un seductor en el fondo de una posada desconocida. Muche hubiera acabado de seguro por pegarle para hacerla callar, cuando una voz agria, la de mademoiselle Saget, exclamó al lado de ellos:

—¡Dios mío! ¡Si es Paulina!... ¿Quieres dejarla en paz, mocoso del demonio?

La solterona cogió a Paulina de la mano, lanzando exclamaciones acerca del lastimoso estado de su vestido. Muche no se asustó gran cosa; las seguía, riéndose solapadamente de su obra, y repitiendo que era la niña la que había querido ir con él y que se había dejado caer al suelo. Mademoiselle Saget era una abonada al jardín de los Inocentes. Cada tarde pasaba en él una hora larga, para ponerse al corriente de los chismes de la gente baja. Allí, a ambos lados, hay una larga hilera semicircular de bancos unidos por los extremos. Los infelices que se ahogan en los tugurios de las estrechas calles vecinas se amontonan allí; las viejas, demacradas, con aire friolento, con gastadas cofias; las jóvenes en

chambra, con las faldas mal prendidas, suelto el cabello, abrumadas, marchitas ya por la miseria; también se ven algunos hombres, ancianos limpios, portadores de grasientos trajes, señores sospechosos de sombrero negro; en tanto que en la pequeña avenida, la chiquillería se revuelca, arrastra vehículos sin ruedas, llena cubos de arena, llora y se muerde; una chiquillería terrible, andrajosa, mal sonada, que pulula al sol como una gusnera. Mademoiselle Saget era tan delgada, que siempre encontraba un banco en que sentarse. Escuchaba, entablaba conversación con una vecina, la mujer de algún obrero, amarillísima, remendando ropa blanca, sacando de un cestito recompuesto con cordeles, pañuelos y medias agujereados como cribas. Por otra parte, mademoiselle Saget tenía sus conocidas. En medio de los chillidos intolerables de la chiquillería y del rodar continuo de los coches, por detrás, en la calle de San Dionisio, se oían chismes sin cuento, anécdotas sobre los abastecedores, los drogueros, los panaderos, los carniceros, una gaceta entera del barrio, amargada por las negativas de crédito o por la sorda envidia del pobre. La solterona se enteraba, sobre todo, en medio de aquellas desgraciadas, de cosas inconfesables, lo que bajaba de aquellos oscuros chamizos, lo que salía de los negros quioscos de las porterías, las suciedades de la maledicencia, con las cuales, como una dedada de pimienta, sazónaba sus apetitos de curiosidad. Además, enfrente de ella, con el rostro vuelto hacia el lado de los Mercados, tenía la plaza, los tres lienzos de casas agujereados por las ventanas, por las cuales trataba de penetrar con la mirada; parecía levantarse, andar a lo largo de los pisos, así como por los agujeros de cristal, hasta los tragaluces de las guardillas; descorría las cortinas,

reconstruía un drama tan sólo con la aparición de una cabeza entre dos persianas, y había acabado por saber la historia de todos los inquilinos de aquellas casas sólo con contemplar sus fachadas. El restaurante Baratte la interesaba de un modo muy particular, con su tienda de comerciante de vinos, su marquesina recortada y dorada, formando terraza y dejando desbordarse la verdura de algunas macetas de flores con sus cuatro pisos estrechos, adornados y pintarrajeados; complaciase examinando el fondo aquel pálido, las columnas amarillas, la estela coronada por una concha, aquel frontispicio de templo de cartón, estucado en la fachada de una casa decrepita, terminada por arriba, en el borde del techo, por una galería de zinc. Detrás de las flexibles persianas de tiras rojas, leía la solterona los delicados almuerzos, las buenas cenas, las calaveradas que tiraban la casa por la ventana. Y además, mentía. Allí era donde Florencio y Gavard iban a correrse juergas con aquellas dos grandísimas puercas de las Méhudin; después de los postres, ocurrían allí cosas abominables.

Entre tanto, Paulina lloraba más fuerte desde que la solterona la había cogido de la mano. Mademoiselle Saget se dirigía hacia la puerta del jardín, cuando de pronto pareció pensarlo mejor. Se sentó en el extremo de un banco, intentando hacer callar a la pequeñuela.

—Vamos, no llores más, que te cogerían los municipales... Yo te voy a acompañar a tu casa. Me conoces, ¿verdad? Y soy la "buena amiga", ¿sabes?... Vamos, riéte.

Pero las lágrimas ahogaban a la niña, que quería irse. Entonces mademoiselle Saget, tranquilamente, la dejó que sollozara, esperando que hubiese terminado. La pobre chiquilla tiritaba;